

EL ASESINO DEL CRUCIFIJO

Chris Carter



MAGNUM

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Crucifix Killer
Traducción: Luis Arcadio Galindo Lopez

© 2009 Chris Carter. Reservados todos los derechos.
© 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
© 2010 por la traducción Luis Arcadio Galindo Lopez. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2010

ISBN: 978-84-92967-01-8

Depósito Legal: B-10160/10

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Liberduplex S.L.

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Uno

Viernes, 5 de agosto, 10:25 A.M.

—Sí... Detective Hunter al teléfono.

—Hola, Robert, tengo una sorpresa para ti.

Hunter se quedó paralizado; la taza de café casi se le cae. Conocía muy bien esa voz metálica. Sabía que cuando esa voz le llamaba solo significaba una cosa: un nuevo cadáver mutilado.

—¿Has sabido algo de tu compañero últimamente?

En vano, los ojos de Robert buscaron rápidamente a Carlos García por la habitación.

—¿Sabe alguien algo de García? —gritó en toda la oficina después de apretar el botón de silencio de su teléfono móvil. Los demás detectives se intercambiaron una mirada silenciosa y desconcertante. Hunter pudo saber la respuesta antes de oírla.

—No desde ayer —respondió el detective Maurice, haciendo un gesto de negación con la cabeza.

Hunter pulsó el botón de silencio nuevamente.

—¿Qué le has hecho?

—¿Me vas a prestar atención ahora?

—¿Qué le has hecho? —exigió saber Hunter con voz firme.

—Como he dicho, es una sorpresa, Robert —le dijo la voz metálica riendo—. Pero te daré una oportunidad para que

marques la diferencia. Puede que esta vez te esfuerces más. Ve al cuarto de lavandería que hay en el 122 de Pacific Alley, en Pasadena Sur, durante la próxima hora. Si traes refuerzos, muere. Si no llegas en una hora, muere. Y créeme, Robert, será una muerte muy lenta y dolorosa.

La línea se cortó.

Dos

Corriendo y dando grandes saltos, Hunter bajó las escaleras del edificio situado al este de Los Ángeles. Cuanto más bajaba, más oscuro estaba y más calor hacía. Tenía la camiseta empapada de sudor. Sus zapatos ajustados le apretaban los pies.

—¿Dónde diablos está el cuarto de lavandería? —muscitó en cuanto llegó al sótano.

Al final del pasillo salía un rayo de luz de debajo de una puerta cerrada. Corrió hacia ella gritando el nombre de su compañero.

No hubo respuesta.

Hunter sacó su pistola Wildey Survivor de doble acción y se puso de espaldas a la pared, a la derecha de la puerta.

—García...

Silencio.

—¿Novato, estás ahí dentro?

Un golpe seco atenuado salió del interior de la habitación. Hunter apretó el percutor de su arma y cogió aire.

—¡A la mierda!

Aún de espaldas contra la pared exterior, abrió la puerta con la mano derecha y, con un movimiento bien ensayado, giró hacia el interior de la habitación buscando un objetivo con el arma. El insoportable olor a orina y vómito lo obligó a retroceder y toser con violencia.

CHRIS CARTER

—García... —lo volvió a llamar desde la puerta.
Silencio.

Desde fuera, Hunter no podía ver mucho. La luz de la bombilla que colgaba sobre una mesa de madera en el centro de la habitación era demasiado débil para alumbrar lo suficiente. Volvió a respirar hondo y entró de nuevo. Lo que vio le revolvió el estómago. A García lo habían clavado a una cruz de tamaño natural dentro de una caja de metacrilato. La fuerte hemorragia de las heridas había formado un charco de sangre en la base de la cruz. No llevaba nada puesto a excepción de la ropa interior y una corona de alambre de púas en la cabeza con los gruesos clavos de metal perforándole ostensiblemente la piel. La sangre le surcaba el rostro. García parecía inánime.

Llego demasiado tarde, pensó Hunter.

Al acercarse a la caja, Hunter se sorprendió al ver un monitor de electrocardiograma en el interior. La onda alcanzaba el punto más alto levemente y en intervalos constantes. García seguía con vida... de momento.

—¡Carlos!

Ningún movimiento.

—¡Novato! —gritó.

Con gran esfuerzo, García consiguió entreabrir los ojos.

—Aguanta, colega.

Hunter inspeccionó la habitación tenuemente iluminada. Era grande, unos diecisiete metros por catorce, supuso. Trapos sucios, jeringuillas usadas, pipas de crack y cristales rotos cubrían el suelo. En un rincón, a la derecha de la entrada, pudo ver una silla de ruedas vieja y oxidada. Encima de la mesa de madera del centro de la habitación había un radio-cassette en el que ponía «reprodúceme» en grandes letras de color rojo. Pulsó el botón de reproducir y la familiar voz metálica salió con estrépito de los pequeños altavoces.

—*Hola Robert, doy por hecho que lo has conseguido a tiempo* [pausa]. *Sin duda alguna, te habrás dado cuenta de*

EL ASESINO DEL CRUCIFIJO

que tu amigo necesita ayuda, pero para que puedas ayudarlo tendrás que jugar según las reglas... mis reglas. Es un juego sencillo, Robert. Tu amigo está encerrado en una caja a prueba de balas, por lo que dispararle no te servirá de ayuda. En la puerta encontrarás cuatro botones de colores. Uno de ellos abre la caja, los otros tres, no. Tu tarea es simple, elige un botón. Si aprietas el correcto, la puerta se abrirá, podrás liberar a tu compañero y salir de la habitación.

Una oportunidad entre cuatro de salvar a García. Parece que no hay grandes posibilidades, pensó Hunter.

La cinta de cassette continuaba:

—Ahora viene la parte divertida. Si aprietas cualquiera de los otros tres botones, una corriente ininterrumpida de alto voltaje se enviará de forma directa a la corona que hay en la cabeza de tu amigo. ¿Has visto alguna vez lo que le pasa a un ser humano cuando se está electrocutando? —le preguntó la voz con una risa escalofriante—. Los ojos le explotan, la piel se le arruga como si fuese beicon, la lengua se le enrolla en la boca hasta morir asfixiado, la sangre le arde, las venas revientan y las arterias se abren. Es una escena más que exquisita, Robert.

El corazón de García trabajaba a toda marcha. Hunter podía ver la línea aumentar rápidamente en la pantalla del monitor.

—Y ahora lo realmente divertido...

Hunter sabía que el artilugio de la corriente eléctrica no podía ser la única sorpresa de aquella habitación.

—Detrás de la caja he colocado explosivos suficientes para arrasarlo la habitación en la que te encuentras. Los explosivos están unidos al monitor, y si éste dejara de mostrar señales de vida...

Una pausa más larga esta vez. Hunter sabía que iba a ser lo siguiente en decir la voz metálica.

—Bum... la habitación salta por los aires. Como puedes ver, Robert, si aprietas el botón equivocado, no solo verás

morir a tu amigo sabiendo que tú lo has matado, sino que poco después tú también morirás.

A Hunter el corazón le latía salvajemente contra el pecho, el sudor le caía de la frente escociéndole los ojos y las manos le temblaban pegajosas.

—Pero tienes una oportunidad, Robert. No tienes por qué salvar a tu compañero, puedes salvarte tú. Lárgate y déjalo morir solo. Nadie más que tú lo sabrá. ¿Podrás vivir con eso? ¿Te jugarás la vida por él? Elige un color, tienes sesenta segundos.

De la grabadora salió un fuerte sonido antes de quedarse en silencio.

Hunter vio que una pantalla digital roja se encendió encima de la cabeza de García: «59, 58, 57...»